

EL RENACIMIENTO.

Entrega 6.^a—18 de Abril 1847.

BELLAS ARTES.

Sobre una de las causas de la decadencia del arte antiguo.

El RENACIMIENTO del arte supone una decadencia y muerte anterior. De aquel hemos ya hablado, y aun hemos de hablar mucho todavía á nuestros lectores; pero de la decadencia nada les hemos dicho hasta ahora. Esto nos proponemos hoy.

Las causas de la degeneracion de la antigua forma plástica al anunciarse al mundo el cristianismo, son varias y complejas. Es muy comun atribuir este gran fenómeno del mundo intelectual á la irrupcion de las hordas septentrionales en el Mediodia; pero la verdad es que mucho antes de esta invasion se habia ya profanado en Italia el culto de lo bello, y que la noble Musa antigua andaba desflorada y desfigurada entre los mismos romanos anteriores á Constantino. Por lo que hace á los llamados *bárbaros* del Norte, si al parecer la hicieron algun daño, no fué de muerte la herida que le causaron; antes por el contrario, solo de ellos recibió su desfallecida y cadavérica naturaleza nueva sangre y nuevo espíritu para durar hasta la consumacion del tiempo.

Seria de desear, y lo deseamos con todo nuestro corazon, que los que, olvidados de la ley eterna de perfectibilidad que rige al mundo, solo ven barbarie y desconcierto en los primeros siglos, que con su clara luz alumbró el Evangelio de Cristo, pensáran con alguna detencion en la historia de los últimos siglos de la edad pagana, para que se convenciesen del gran beneficio que hacia á la sociedad aquel cristianismo, al parecer rudo é incivil, moralizándola á pesar de los mas grandes obstáculos, á pesar de la doble muer-

te que le amagaba: de la muerte material, con los suplicios, tormentos y persecuciones,—de la muerte moral, con las heregías y el escepticismo. La idea no es nueva, mas ahora lo parece, porque desde la primera educacion que recibimos nos acostumbramos, en fé del solo nombre de *Roma*, á mirar la antigüedad como sinónimo de la humana perfeccion. «El cristianismo nació para civilizar al mundo.» Esta verdad, que debiéramos avergonzarnos de poner alguna vez en duda, necesita hoy defensores, aunque por fortuna en estos últimos años ya no parece mengua promulgarla.

El cristianismo tenia que llenar sobre la tierra un alto designio. En vano el emperador Constantino asociaba su suerte á la del cristianismo; en vano el apóstata Juliano pretendió restaurar los derribados ídolos del politeismo y declaró á la multitud de gentes que corrian á prosternarse al pie de la cruz, que el emperador, el primero entre ellos, creia en Júpiter y en Minerva. Presentaba á la sazón la sociedad un espantable caos, un espectáculo verdaderamente extraño. El dulce eco de la voz que habian difundido los apóstoles, que llegaba del Oriente cual brisa consoladora y se mezclaba con la atmósfera abrasada y corrompida de Roma, despertó un sentimiento nuevo en las entrañas de aquellos hombres. Los pobres se hicieron pacientes, los poderosos liberales y desprendidos, los ignorantes se reconocieron esclarecidos, los débiles se encontraron fuertes, y los esclavos libres y emancipados. La sociedad romana contemplaba asombrada las maravillas de la nueva doctrina, que no comprendia, y que

miraba como un trastorno del comun sentido, porque hasta entonces solo la vida material era el objeto de la existencia. Pero comenzaba el triunfo del espíritu sobre la materia, y del derecho sobre la fuerza. San Atanasio, patriarca de Alejandría, contrastaba con su inalterable impasibilidad todos los esfuerzos de Constancio el Arriano; San Hilario de Poitiers anunciaba á este emperador, desde el suelo de su destierro, que en el hombre hay derechos independientes de toda fuerza política, y que la violacion de estos derechos es un crimen en el gobierno. Entonces apareció sobre las ruinas de aquella destrozada Nínive la colosal figura de San Gerónimo, que desde el fondo de su soledad llegó á ser el oráculo de todo el mundo. Todas las naciones acudian á él para ilustrarse en el nuevo dogma: las Galias, la Germania, la España, la Italia, el Asia y el Africa enteras. A todos escuchaba, y á todos respondía; hablaba de la magestad de Dios con el lenguaje magestuoso de Isaías; lloraba como Jeremías sobre las calamidades de Roma, y amenazaba á los malvados como Ezequiel. Mostraba á los pobres, á los enfermos y á los esclavos, la cruz de Jesucristo, y á los ricos y afortunados de la tierra la muerte que habian de sufrir; predicaba á los hombres la continencia y á las mugeres la virginidad; establecía la indisolubilidad del matrimonio, que hasta entonces no habia salido de la índole de contrato, y llamaba á los mortales todos á una completa renovacion, descubriéndoles en el porvenir el cielo y los coros de los ángeles. Hilario y Atanasio lucharon contra la autoridad política que invadía los derechos inviolables de la justicia. S. Ambrosio y S. Juan Crisóstomo enseñaban á los príncipes. S. Gerónimo entró en Roma para amonestar á los senadores, á los magistrados, á las mugeres y á los sacerdotes.

Al trasladarnos con el pensamiento á la época memorable en que San Gerónimo, instruyendo á las vírgenes romanas, lamentaba la corrupcion de la moribunda Roma que veía próxima á ser destruida por las hordas del Norte, creemos escuchar aquellos poderosos acentos que Jeremías dirigió á Jerusalem: «Sentados están en tierra y en profundo silencio los ancianos de la hija de Sion: tienen cubiertas de ceniza sus cabezas, vistiéronse de cilicio, abatida hasta la tierra tienen su cabeza las vírgenes de Jerusalem (1).

Dos cosas principalmente no podia comprender la sociedad romana en aquella primera época del cristianismo: la humildad y la continencia;

parecíale la primera bajeza de espíritu, y la segunda una verdadera locura.

Las costumbres, aunque impregnadas de voluptuosidad y licencia, se resentían aun de la antigua fiereza romana entre las mismas damas de la gran ciudad. No era, pues, extraño que en aquella época se viese á una dama de la mas alta categoría dar una gran puñada en la iglesia de San Pedro á una pobre porque se atrevía á importunar su caridad pidiéndole limosna dos veces. Aquellas damas acostumbraban á entretener sus ocios con músicos y cantores que llevaban á sus palacios. Teñíanse de rojo los labios y las mejillas (1), y de blanco la garganta, para disimular sus venas; rizábanse el cabello, levantándolo en muy caprichosas formas, y lo trenzaban en redes de oro. Llevaban en las orejas pedrerías de un precio inestimable, y esparcían por sus vestidos los mas ricos perfumes y aromas. Al entrar y salir de sus tocadores precedíalas una turba de esclavos de ambos sexos, pues mayor era su número cuanto mas elevada su categoría. Paseaban por las plazas públicas acompañadas de hermosos y elegantes jóvenes, y en los baños las rodeaban sus criadas y eunucos. Pasaban el tiempo intermedio entre los festines, el lecho, y el baño, en labores de seda, plata y oro; que los trabajos de lana eran propiedad esclusiva del bajo pueblo.

Entre las viudas y doncellas que en comunidad vivían se reproducían las mismas gerarquías sociales. Las que en el mundo habian disfrutado una posición notable por su riqueza ó por su cuna, tenían en los refectorios mesa separada de las de mas baja condicion. En tal estado ¿qué no tendría que llorar el cristianismo antes de ver introducida en las costumbres la igualdad y la humanidad que vino á predicar al mundo?

Las viudas poderosas volvían á casarse con despreciables sirvientes, los cuales tenían obligación de fingir que ignoraban las infidelidades de sus mugeres; si tenían la desgracia de quejarse ó alzar la voz de marido, al punto se veían amenazados de divorcio, y los corrompidos jurisconsultos de Roma siempre encontraban alguna razon poderosa para apoyar la demanda de sus bellas y jóvenes protegidas. Así eran cristianos los convertidos paganos de aquel tiempo. Sondeó San Gerónimo el corazón de aquellos mentidos creyentes, y conoció que aquel

(1) Esta costumbre de pintarse hizo decir á S. Gerónimo. «Cómo han de levantar su cara al cielo cuando no las conoce el mismo que las formó?»

(1) Lament. cap. II, v. 10, trad. del P. Amat.

estado de cosas no era mas que un sepulcro emblanquecido. Vió en el corazon de la cristiana Sempronía los ídolos del mundo y del deleite, la soberbia y la corrupcion en el pecho de los sacerdotes Joviniano y Vigilancio, como los gérmenes de una disolucion inevitable en el seno de aquella sociedad entera, donde no habia ni verdad, ni justicia, ni costumbres; la cual queria conciliar con la nueva ley todas las exigencias de los antiguos usos. Parece que en aquella edad, los clérigos, á quienes los paganos no perdian de vista y los arrianos hacian blanco de sus tiros, debieran haber manifestado, si no verdaderas virtudes, al menos una estremada prudencia en sus costumbres públicas; mas todo lo contrario hacian, y, como observaba Dámaso, el sacerdocio era un objeto formal de especulacion para muchos de ellos. Nunca faltaban sacerdotes y cenobitas en las reuniones de las damas cristianas, en las cuales reinaba la misma estravagancia y mezcla de creencias que constituian el carácter del pueblo romano entero. Otros, al paso que vestian un saco de estopa rudamente ceñido á la cintura, y llevaban la barba crecida y desaliñada, no se separaban un punto de las jóvenes de quienes se decian instructores y maestros espirituales, y cohabitaban con las hermosas sirvientes que tenian. Otros dedicaban su dia entero en captarse la benevolencia y familiaridad de alguna anciana rica, para ser algun dia sus herederos. Para remediar tan escandalosos abusos volvió Dámaso á poner en vigor la ley de Valentiniano I, promulgada el año 370, la cual prohibia á todo clérigo, cenobita ó seglar, que hiciese vida ascética, entrar en las casas de las viudas y de las jóvenes que viviesen solas. Prohibíase ademas que pudiesen adquirir cosa alguna por donacion, testamento, ó por tercera persona, de la muger con quien se hubiesen unido so pretesto de espiritual direccion, ó con cualquier otro motivo religioso. Mas no produjo esta ley todo el efecto que Dámaso se prometia, porque las leyes son impotentes á reformar de pronto vicios antiguos, y la misma corrupcion que obliga á darlas, sugiere los medios de eludirlas.

En este sensualismo brutal de la sociedad romana, la inteligencia degradada de su noble condicion se arrastraba vilmente sobre la materia, y todos sus esfuerzos se encaminaban al solo objeto de los placeres terrestres.

Este modo de sentir, estrecho y mezquino, parecia haberse apoderado de todos los corazones. La vida, consagrada á esta clase de placeres, solo buscaba el modo de satisfacerlos, y la razon,

adormecida mientras duraba el sentido tan dispierto, habia ya olvidado las altas nociones cuya aplicacion marcó la época mas floreciente del pasado imperio. Las reglas eternas de justicia, que tan inmortales hicieron las obras de los jurisconsultos de la gran Roma, se veian holladas por los principios variables y caprichosos de la utilidad aparente; y la idea de lo útil no estendia su imperio fuera del estrecho círculo de los sentidos. La noble profesion de abogado habia llegado á ser la opresion de Roma, y los juicios un verdadero espectáculo. No es esto de estrañar al considerar que no habia para Roma negocio de importancia que no fuese objeto de frívolo pasatiempo. La misma inundacion de las tribus bárbaras, era un drama interesante cuyo resultado aun no se preveia. Y ¿qué podian ser las artes en medio de aquella general corrupcion? ¿dónde podia estar el amor al trabajo? ¿dónde el amor á lo noble y á lo bello? Huyó la idea de la belleza del impuro comercio de aquellos hombres, porque donde reina la licencia y el desenfreno se degrada el alma de la hermosura. Nada que tuviese origen divino podia habitar en las ciudades que corrompia el sensualismo.

Hé aquí la primera causa de la decadencia de las artes en Italia. El entendimiento habia renegado de su nobleza; la razon se perdía en el laberinto de sutilezas del platonicismo; la imaginacion habia perdido su vigor abandonando el objeto sublime de la religion, y yacia enervada en el muelle refinamiento de la vida animal. El aguijon de la inmortalidad estaba gastado y ya no se hacia sentir en aquellas almas; el amor á la patria estaba sofocado por el apego al individualismo, la religion antigua moria.... Al mismo tiempo la religion de Cristo hablaba demasiado al alma, y prescribia dogmas que no podia comprender un pueblo que miraba la esterilidad de las mugeres como infamia, la castidad como estravagancia ó locura, y la humildad como poquedad de espíritu.

P. de Madrazo.

BIOGRAFIA DE DON LEONARDO ALENZA.

Don Leonardo Alenza, hijo de D. Valentin y de Doña María Nieto, nació en esta córte el dia 6 de noviembre de 1807, y fue bautizado en la iglesia parroquial de S. Andrés. Estudió la pintura bajo la direccion privada de D. Juan Ribera, pintor de Cámara de S. M., y bajo la pública

del de igual clase D. José de Madrazo, en la sala de colorido y composicion de la Real Academia de S. Fernando. Esta, habiendo hecho él los ejercicios exigidos por los estatutos á la sazón vijentes, le nombró en 6 de noviembre de 1842, académico de mérito por la pintura histórica. —Murió prematuramente, de una tan larga como penosa enfermedad.

Amante de la soledad, vivia retirado del bullicio y lejos de toda concurrencia; pero en su trato era franco, afable y condescendiente; comunicaba á todos sin reserva ni escepcion los conocimientos adquiridos por sus estudios y práctica; y á consecuencia de lo generoso, benéfico y compasivo de su corazón, partia en secreto con los menesterosos el producto de sus obras. No queriendo separarse de sus padres, ni quiso nunca tomar estado, ni se resolvió á viajar á pesar de las ocasiones que para hacerlo se le presentaron. Sencillo en su trage, frugal, modesto y virtuoso, sufrió las penalidades de su última enfermedad con la mayor resignacion. Su humor era serio y melancólico; pero sus palabras no por eso dejaban de ser, en ocasiones, festivas y chistosas.

A veces, diciendo que iba de caza, se acercaba á observar los trages, maneras, y usos de la gente vulgar, en las humildes casas del campo, en las del río, y en las de los barrios bajos de la córte, para trasladarlas á sus cuadros de costumbres populares.

Fué muy adicto á Velazquez, Cano, Ribera, y Murillo, como los mejores de la escuela antigua española, al par que tambien lo era de Rubens, Van-Dyck y demas flamencos célebres.

Ponia en la paleta pocos colores, bastándole para dar á sus cuadros variado y robusto colorido. Tenia gran facilidad para retener las fisonomías, posturas, ropages y grupos que le chocaban, pudiendo reproducirlos despues con la mayor exactitud. Lo mismo diremos de los retratos, siendo dignos de citarse, entre otros, el de D. Alejandro de la Peña, ejecutado con una brevedad extraordinaria: el de D. Francisco Romero, teniente cura de la parroquia de S. Luis de esta capital, terminado en pocas horas; y el que hizo en siete escasas, de D. Julian Sanchez Cortés, comerciante en esta poblacion.

Con profusion y gratuitamente hacia y daba, á cuantos se los encargaban y pedian, dibujos y apuntes de los caprichos de su imaginacion creadora y fecunda; por lo cual existen en poder de numerosos profesores y aficionados de la nacion, y de fuera de ella, muchos de sus cuadros de

costumbres dibujados á lapiz y pluma, y pintados á la *aquarella* y al óleo, estimados por la espontaneidad de su invencion y gracia de su forma.

Despidiéndose del mundo dijo: que sentia no poder pintar (cumpliendo los muchos encargos que españoles y estrangeros le tenian hechos), algunos cuadros grandes que hubieran dado vuelo á su imaginacion y aumentado el corto número de los que dejaba de aquel tamaño.

Los que amantes de las glorias de nuestro país sienten, como nosotros, la pérdida de este distinguido artista, pueden tener el dulce consuelo de que sus obras le darán la inmortalidad destinada á los hombres de genio.

*Inscribant alii tumulis quam plurima, nomen
Pictoris clari, sit tibi Alenza, satis.*

R.

CRITICA MUSICAL.

TEATROS DE LA CRUZ Y CIRCO.

La compañía lírica del teatro de la Cruz ha dado principio á sus trabajos con dos óperas de Verdi, *Hernani* y *Lombardi*, obras las dos muy conocidas del público de Madrid por haberse cantado anteriormente en los teatros de la capital, si bien la segunda lo habia sido tan solo hasta el día en el del Circo. Despues de haber oido en los años 45 y 46 en Madrid á algunos de los cantantes de mas nota, habia decaido últimamente tanto la ópera en el teatro del Circo, que los aficionados á la música han quedado agradablemente sorprendidos al encontrarse en el coliseo de la Cruz con una compañía mas que regular, y que se presenta ante el público con no grandes pretensiones, si hemos de juzgar por la tarifa moderada que se ha marcado en las entradas y asientos. Esta última consideracion, unida á lo mucho malo que desgraciadamente se oye en el día por el estado de decadencia á que ha llegado la escuela italiana, tan brillante y próspera en un tiempo, influirá no poco para que seamos indulgentes y poco severos con una compañía que cuenta entre sus primeras partes á dos artistas españoles muy acreedores á que se los anime y aliente en la difícil carrera que han emprendido.

La Villó y Carrion han cantado el *Hernani* mucho mejor de lo que el público esperaba, y teniendo que luchar con los recuerdos de la Raffaelli y Guasco han conseguido sin embargo me-

recidos aplausos. La prima *donna* ha ganado desde que no la habíamos oído, en maestría, gusto y estilo, y hasta su órgano vocal parece haberse robustecido, y poco tendríamos que criticar acerca de su manera de desempeñar y cantar el papel de *Elvira*, si no fuera por el poco gusto que muestra en los adornos del calderon final en el *andante* de la *cavatina* de salida. La Sra. Villó se disculpará con los muchos aplausos que le prodiga el público todas las noches en este paso, pero lo que pueda hasta cierto punto servir á la cantatriz de escudo para insistir en su *floriture*, no es para nosotros una razón para dejar de combatir el mal gusto del público, por la obligación en que estamos de defender los sanos y buenos principios del arte; esto mismo nos hará muchas veces condenar lo que la mayoría aplaude, y elogiar y sostener lo que el vulgo vitupere. Carrion está enteramente transformado, y si desoyendo los elogios exagerados de los que le digan que es un gran cantante, se aplica, estudia y adquiere lo mucho que le queda que aprender, al paso que corrigiéndose destierra los no pocos resabios que aun conserva, le pronosticamos que podrá llegar á ocupar un puesto muy distinguido entre los mejores cantantes modernos. El barítono Assoni, cantante nuevo en Madrid, es un jóven de voz robusta, clara y estensa. Su escuela es algo desigual y le falta la seguridad y maestría que solo se adquieren á fuerza de tiempo y estudio; pero el canto es en lo general agradable, y algunas veces de afecto. En cuanto á su manera de vestir, nos parece que el papel de Carlos V, que representa en el *Hernani*, requería un poco más de esmero, y que debería sobre todo reformar su cabeza á fin de parecerse algo, por lo menos, á los retratos que poseemos del gran Emperador.

En general la ópera, como hemos ya indicado, ha superado con mucho á lo que las gentes esperaban, y puede bien asegurarse que, fuera de la Rafaelli, Guasco y Ferri, ningunos cantantes han desempeñado el *Hernani* en Madrid como los que actualmente cantan en el teatro de la Cruz.

En el mismo teatro se ha puesto posteriormente en escena para la salida de la *prima donna* Sra. Di Franco, *I Lombardi*, también de Verdi. El conjunto de esta ópera no ha sido tan satisfactorio como el *Hernani*. La Sra. Di Franco no debió haber escogido para su *debut* una ópera que no está en sus facultades. Su voz, particularmente en los puntos medios, es algo débil y oscura: en otra ópera agradará mucho más esta cantatriz,

á quien creemos no falte inteligencia, y que, sin poseer una voz robusta y fuerte, tiene sin embargo puntos agradables y sonoros en las notas bajas y agudas. El terceto del tercer acto lo cantó muy bien y secundó perfectamente á Carrion: ambos fueron la primera noche llamados á la escena á la conclusión del acto. Como en el *Hernani*, el tenor Carrion se ha distinguido en *I Lombardi*: la temporada que este jóven estuvo cantando al lado de Moriani le ha servido de estudio, así como también le ha aprovechado el haber oído á Guasco. Becerra, que nos pareció haber progresado en el *Hernani*, está bastante fatal en *I Lombardi*, lástima que con una voz tan magnífica no sepa sacar mejor partido. El *solo* de violín del tercer acto lo toca el Sr. Ortega con sumo gusto y afinación: mucho tiempo hacía que el público no tenía ocasión de oír á este profesor tan acreedor á los muchos aplausos que se le prodigan todas las noches. La empresa ha puesto *I Lombardi* con más lujo que el *Hernani*, pero en cuanto á las decoraciones, hemos presenciado tales anacronismos y suciedades que más vale *no meneallo*.

No concluiremos con el teatro de la Cruz sin hacer la justicia que se merece al Sr. Basili por el acierto con que ha puesto en tan poco tiempo una ópera que ignoraban los coros, algunos cantantes y la orquesta; esta última acompaña con precisión y *piano*, lo que no es poco en estos tiempos en que el ruido instrumental está tan de moda.

También en el teatro del Circo se ha cantado *I Lombardi* para la primera salida del tenor Milesi. Faltos de espacio, y enemigos de comparaciones, siempre odiosas, nos reservamos para otro día el hablar de este nuevo tenor: en cuanto á los demás cantantes son ya muy conocidos en Madrid para que pudiéramos decir nada nuevo.

Eduardo Velaz de Medrano.

SECCION LITERARIA.

EL CASTILLO DE TANCARVILLE.

LEYENDA NORMANDA DEL SIGLO XIII.

Concedióselo Felipe Augusto de asaz mal talante; pues el Sr. de Tancarville era uno de los vasallos á quienes profesaba más afecto, y al despedirse de él, le dijo:

« Ciudad, mi buen vasallo, de no dejar huérfana á la heredera de Tancarville.

III.

El Tutor.

Entre los caballeros normandos que se quedaron á las órdenes de Ricardo en Palestina, se encontraba un hermano del opulento Sr. de Harcourt, quien despues del de Tancarville era uno de los mas poderosos barones de la Francia. Este hermano, Alfredo de Harcourt, habia disipado todo su patrimonio en locuras juveniles y alistándose entre los cruzados, con la esperanza del pillage, que era, segun nuestra humilde opinion, si no la única, la principal fuerza motriz que impulsaba á aquella multitud de hombres á tan lejanas y aventuradas empresas. Como el Sr. de Tancarville era el normando mas autorizado que habia quedado en Palestina, y ademas por la vecindad de sus dominios se conocian hacia muchos años, Alfredo se unió íntimamente con él. Juntos combatian, vivian juntos, y nada le acaecia al uno sin que el otro participase de ello.

Entretanto pasaba el tiempo. Ya habian transcurrido cerca de tres años de continuos combates para los cristianos, y no podia aun presumirse con probabilidad la terminacion de aquella memorable campaña, cuando las noticias que recibió el rey Ricardo de sus tierras, le decidieron á regresar por fin á Europa, pero no sin empeñar un último y gloriosísimo combate, que tuvo por resultado la tregua que mencionamos mas arriba. Empero aquella última proeza fué pagada á muy caro precio por los guerreros de la cruz, habiendo perdido en la sangrienta jornada á muchos de los mas esclarecidos caballeros tanto franceses como ingleses. Entre los primeros estaba el Sr. de Tancarville, á quien la desesperacion á que le habia reducido la muerte de su esposa, y que no alcanzaban á minorar los años, le hacia buscar de preferencia los sitios mas peligrosos durante la batalla, ansiando por una muerte que pusiera término á sus incurables dolores.

Herido mortalmente al fin de aquella gloriosa jornada, y retirado á su tienda por sus amigos mas allegados, tuvo apenas el tiempo necesario para estender una especie de testamento, en el cual nombraba tutor de la tierna Heloisa, previendo la muerte de su anciano suegro, á su amigo y compañero de armas Alfredo de Harcourt.

Este, habiendo tributado á su amigo los últimos deberes y noticioso de la resolucion del Rey Ricardo, se ofreció á acompañarle como otros muchos de los caballeros cruzados. Admitió el héroe su compañía hasta las fronteras de Alemania, en donde, por no despertar sospechas que condujesen á reconocerle, despidió á todo su séquito, y se entró sin mas compañía que su gran corazon por los estados del emperador, esperando poder así llegar á un puerto de mar cualquiera para regresar á Inglaterra; pero la fortuna enemiga, hizo que fuese reconocido á pesar de su disfraz de peregrino, y encerrado en una fortaleza en donde permaneció cerca de tres años. Habiendo logrado evadirse al cabo de este tiempo, y vuelto á su reino, se entró por Normandía con el objeto de reconquistar aquel ducado que Felipe agosto, político el mas hábil de su tiempo, le habia usurpado. La fortuna favoreció al principio sus proyectos haciéndole alcanzar mas de una victoria; pero en medio de sus triunfos se le volvió de pronto, y el guerrero mas

famoso de su siglo, murió oscuramente de un flechazo en el asalto de un miserable castillejo de Normandía.

En cuanto á Alfredo de Harcourt, llegó felizmente á sus hogares, y tan á propósito, que algunos dias despues de su arribo sucumbió el anciano caballero, abuelo materno de Heloisa, á impulsos de una grave enfermedad que le aquejaba hacia algun tiempo. En consecuencia, el nuevo tutor, entró á administrar la inmensa fortuna de la jóven huérfana.

IV.

Arthuro de Villequier.

Algunos meses antes de la época en que empieza esta historia, se habia celebrado en Ruan un magnífico torneo, al cual asistió no solo la mayor parte de la nobleza francesa, sino un gran número de ilustres aventureros de todas las naciones de Europa, en donde florecia por aquel entonces en todo su vigor la noble institucion de la caballería.

La heredera de Tancarville, habia asistido á él, y aunque todavía tan jóven, el lustre de su cuna, sus cuantiosos bienes, y mas que todo su extraordinaria hermosura, le habian atraído mil adoradores. Empero la jóven habia permanecido insensible á todos aquellos homenajes, y concluido el torneo, habia vuelto á la morada de su padre con la misma tranquilidad de espíritu con que la dejara.

Habia entre los caballeros á quienes inflamó su hermosura un jóven adolescente, Arthuro de Villequier, único heredero del baron de aquel nombre, el cual prendado seriamente de la jóven, y no atreviéndose, por su corta edad, á entrar en la amorosa palestra con competidores mas autorizados, no solo no se habia atrevido á declarar su amor á la heredera, sino que ni aun habia osado acercarse. Mas cuando, concluidas las fiestas, regresó aquella á sus dominios, no pudiendo vivir lejos de su vista, formó el proyecto de introducirse en Tancarville á favor del disfraz de trovador, en cuya resolucion le auxiliaban sus talentos nada comunes en el manejo del arpa y la sonora y dulce voz con que la naturaleza le dotara.

Hacia aun mas fácil aquel ardid, la circunstancia de estar el doncel pasando una temporada en casa de unos tíos que tenia en Ruan, y hallarse su anciano padre confinado en su castillo por los achaques inseparables de la vejez. Confió en consecuencia su proyecto á un antiguo criado de su familia que le habia seguido á Ruan, y una serena mañana se despidió de sus tíos con el pretexto de ir á hacer una visita á su padre.

No bien se alejó un poco de la ciudad, cuando dejando sus ricos vestidos, revistió el traje de los menestrales de aquella edad, y con su arpa al hombro se encaminó al castillo de Tancarville.

Era en aquellos tiempos tan comun aquella industria, que al presentarse Arthuro despues de algunos dias de viaje en las puertas del Castillo pidiendo la hospitalidad, se le franquearon de par en par. Esto era muy natural: todo el mundo sabe que aquellos artistas errantes gozaban de estraños privilegios é inmunidades; y un castellano por poco generoso que fuese, se habria creído deshonrado negando su casa y su mesa al mas humilde trovador por todo el tiempo que le acomodase usar de ellas. La mision, (como se ha dicho en estos últimos años á propósito de todos los hombres y de todas

las cosas imaginables), la misión de los ambulantes bardos, era principalmente immortalizar las glorias de su patria, cantando las proezas de sus guerreros, y las virtudes de todos sus hijos. Eran al mismo tiempo músicos y poetas, y lo que es más, improvisadores en ambas artes; para esto eran necesarios no solo un talento claro y aventajadísima organización, sino estudios más o menos largos y concienzudos, que por fuerza habían de hacer del trovador un ser infinitamente superior al común de los hombres en aquellos siglos de rudeza y barbarie. Además de esta superioridad real, militaba en pro suyo, otro motivo tal vez más poderoso, el egoísmo, cualidad inherente al hombre, y que aunque no tan desarrollada en aquellas edades como en el presente nuestro especulativo siglo, tenía empero una gran influencia en las acciones humanas. Los opulentos señores feudales, los simples hidalgos, y hasta los sencillos labriegos, tenían un interés directo en ser amigos de aquellos vates, que si bien directamente no podían dar gloria, aumentaban en sumo grado la que cada cual merecía por sus acciones, esparciéndola con la exageración natural de la poesía por todo el ámbito del reino, y aun á veces de la Europa.

Como antes dijimos, Arturo fué recibido favorablemente en aquel recinto, en donde se encerraba para él toda la humana dicha; y tanto agradaron al señor de Harcourt sus talentos y modales, que muy pocos días después de su llegada, le propuso que se quedase á su servicio, haciéndole ventajosas proposiciones. Aceptó el joven sin vacilar, pues al presentarse en Tancarville, había dicho al barón que era hijo de uno de los soldados que habían acompañado á su soberano Felipe Augusto á la Tierra Santa, muriendo en uno de los primeros combates que sostuvieron los europeos contra los turcos, y que habiendo perdido poco después á su madre, había quedado solo en el mundo.

Algun tiempo después de estos sucesos, tuvo el señor de Harcourt que ausentarse por espacio de más de un mes, y con su ausencia se veían más frecuentemente Heloisa y Arturo. Aunque casi siempre estaba la primera acompañada de su dueña, mujer de desahogado carácter, como afortunadamente gustaba de la música, pasaba Arturo las veladas en compañía de ambas, bien refiriéndolas historias de las anteriores cruzadas, bien cantando las hazañas de los guerreros de la cruz en aquellas apartadas regiones.

No pudo permanecer Heloisa indiferente por largo tiempo á los encantos de la sociedad del joven trovador, y á la singular belleza de su fisonomía; y aunque él no se había atrevido todavía á declarar su pasión, la sensible joven se la pagaba con usura. No tardó en presentarse una ocasión en que se declararon mutuamente su cariño.

(Se continuará.)

J. Heriberto García de Quevedo.

¡UNA NOTABILIDAD!

LETRADA.

Sepa toda la ciudad
¡oh fortuna!
que me he casado con una
NOTABILIDAD.

Resuelto á entrar en el gremio,
un día en una tertulia
me enamoré, sin proemio,
de la interesante Julia.

Nadie culpará mi gusto,
porque Julia es un portento.
Además del bello busto,
¡qué donaire y qué talento!

Pues, digo! ¿y su calidad
Solariega?
desciende de palaciega
NOTABILIDAD.

Y para bordar cojines
¡qué primor el de su mano!
Y cuando canta al piano
la envidian los serafines.

Apenas al suelo toca
su lindo pié cuando valsa,
¡y tiene en aquella boca
un gracejo y una salsa...!

Y aquella amabilidad,
aquel modo....
Ella es en todo y por todo
NOTABILIDAD.

Al cabo de un mes. — no tuve
arbitrio de hacerlo antes:
me lo estorbaba una nube
de moscones elegantes. —

A la vuelta del teatro
la declaré mi pasión:
por cierto que más de cuatro
me envidiaron la ocasión.

Es claro, rivalidad
nunca falta
cuando se trata de una alta
NOTABILIDAD.

A mis frases cariñosas
por toda respuesta dá:
«caballero, yo... esas cosas
se han de tratar con maza.» —

Y dado que la convezna,
repliqué, ¿podrá mi llama....
«¡Jesús! me dá una vergüenza...»
volvió á decirme la dama.

«Mi corazón, en verdad,
no es de roble;
mas ¡la hija de una noble
NOTABILIDAD!...»

Acudo á la madre, pues,
con la propuesta de usanza,
y la aceptó doña Inés
contra toda mi esperanza.

Y es que de reyes no vengo,
y soy feo.... ¡doble afrenta!,
mas supo mamá que tengo
treinta mil duros de renta;

Y con esa cantidad
un vestiglo
es también en este siglo
NOTABILIDAD.

No faltó quien á mi bella
acusase de perfidia.
Yo, bendiciendo mi estrella,
clamaba: ¡chismes! ¡envidia!

Tuve empero un desafío
por ella, y sufrí un pinchazo.
¡Válgate Dios, dueño mio!,
dije vendándome el brazo.

Es una calamidad
tu hermosura.
¡Cuánto cuesta una futura
NOTABILIDAD!

Curado al fin de mi chirlo,
esperé casarme... á escote,
mas con dulzura de mirlo
dijo doña Inés: «no hay dote.
¿Lo han menester ¡Dios eterno!
su atractivo y su nobleza?
Vístela, dichoso yerno,
de los pies á la cabeza.
Ni el tesoro de Bagdad
es bastante
para comprar semejante
NOTABILIDAD.»

¿Qué había de hacer? Mi pecho
ardía como una fragua...
Dije para mí: esto es hecho;
Casémonos: ¡pecho al agua!
¡Y daba yo cada brinco
de gozo!... ¿Quién se incomoda
los cuatro días ó cinco
que dura el pan de la boda?
Mas pronto—¡oh fatalidad!
¡oh desdicha!—
víctima fui de la dicha
NOTABILIDAD.

¡Qué terrible menoscabo
en mi dinero, en mis bienes!...
¡Y me llamaba indio bravo
si escatimaba sus trenes!
Y si osaba poner coto
á sus instintos soberbios,
¡qué clamores! ¡qué alboroto!
¡qué convulsiones de nervios!
Porque de esa enfermedad
no se exime
quien blasona de sublime
NOTABILIDAD.

Palco diario—¡yo gimo!—
para ópera y minué;
y se sentaba su primo,
¡y yo me estaba de pié!
Ya se vé; no hallaba dónde
aunque sentarme quisiera;
y además su primo es conde,
y yo soy de baja esfera.
Es falta de urbanidad
que uno mande
en presencia de tan grande
NOTABILIDAD.

Al tocador de Julieta
asistía el susodicho.
¿Era esto ser... coqueta,
ó un inocente capricho?
Mas aunque él entraba allí
francamente á cualquier hora,
solían decirme á mí:
no recibe la señora.
¿Qué tal, amigos? ¡tomad
por consorte
una á quien llame la corte
NOTABILIDAD!

Pronto Julia en pena negra
cambió mi amante delirio,
y no hay decir si la suegra
contribuyó á mi martirio.

Renegando del consorcio
en romperle me deleito:
pongo pleito de divorcio...
¡y pierdo costas y pleito!
¿Qué discreta autoridad
atropella
á tan ilustre y tan bella
NOTABILIDAD?

Tanta injusticia me quema,
y tanto el primo me abrasa
que acudo á la estratagema...
de fugarme de mi casa;
Mas, porque no me persiga
y me ponga una querrela
mi dulce y *notable* amiga,
hago un contrato con ella;
Y dándola por mitad
mis monedas,
¡Adios, la digo! ¡Ahí te quedas,
NOTABILIDAD!

¡Feliz tú, oh Fabio, que gozas
de independencia en amores,
y así varias de mozas
como la abeja de flores!
Para que un día no pases
mas que Jesus en el huerto,
¡no te cases, no te cases!
¡*Experto crede Roberto!*
O si entrar en la hermandad
es tu luna,
no te cases con ninguna
NOTABILIDAD.

Manuel Breton de los Herreros.

REPUBLICA DE ARTES Y LETRAS.

La empresa del teatro del Circo ha mandado pedir la *partitura* de *Macbeth*, última ópera de Verdi que tan brillante éxito ha obtenido en Italia.

Además de *Due Foscari* con que hará su primera salida en el teatro de la Cruz el nuevo tenor Comolli, se pondrán sucesivamente en escena *Maria di Rohan*, *Leonore*, *Norma*, etc.

La compañía española de verso que actualmente se halla en París, delió dar principio á sus trabajos en la noche del 15 del actual, pero no tuvo lugar por haber manifestado el rey Luis Felipe el deseo de que los actores españoles diesen antes una función en el teatro de las Tullerías, en presencia de la corte.

El programa de la primera representación que habrá ya tenido lugar en el teatro real italiano es como sigue:

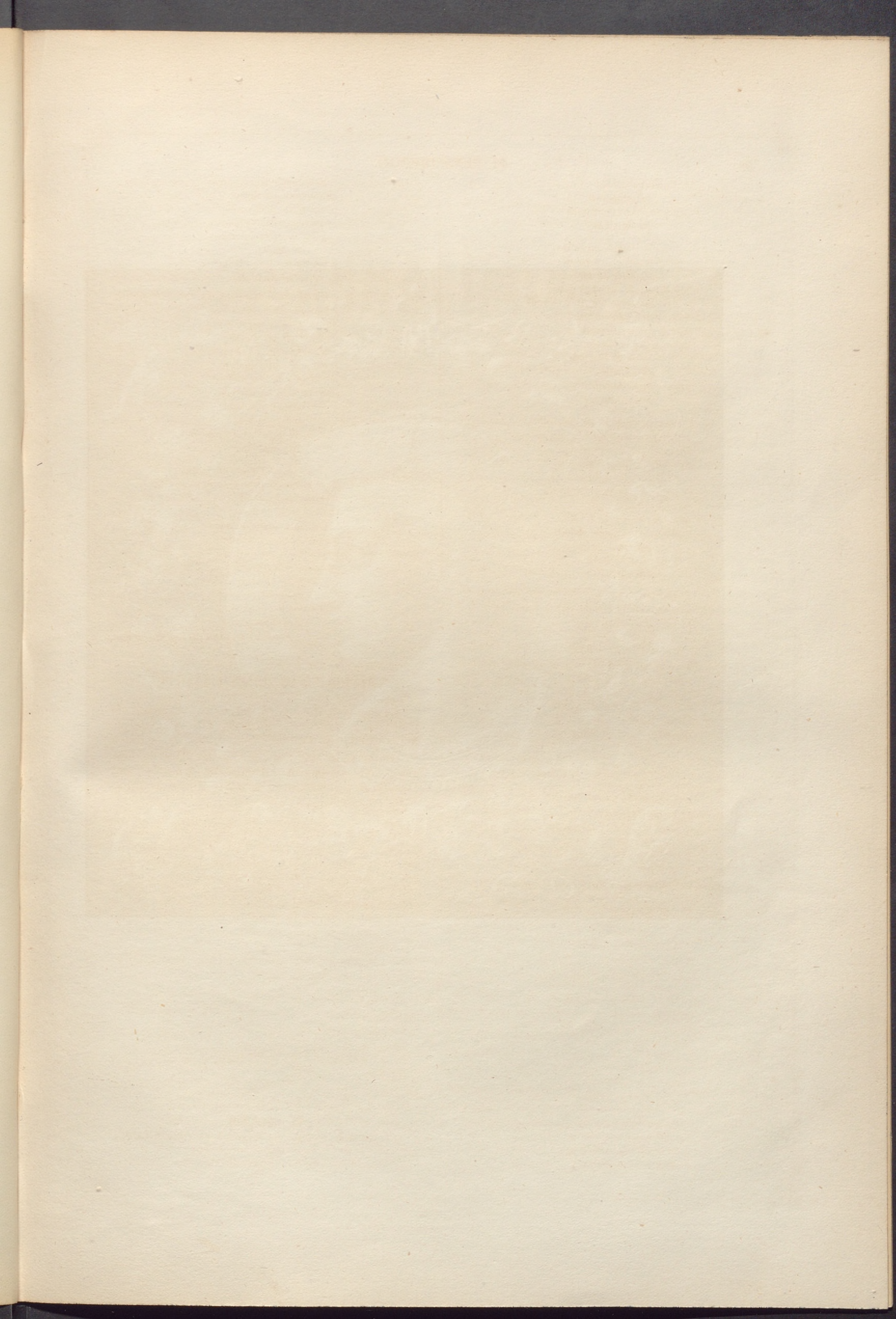
- 1.º Sinfonía sobre motivos españoles, compuesta por Don Ramon Carnicer.
- 2.º García del Castañar.
- 3.º Bolas robadas, y bailadas por seis parejas de ambos sexos.
- 4.º Mi secretario y yo.
- 5.º La jota aragonesa.
- 6.º La Feria de Mairena, juguete de costumbres andaluzas.

ESTAMPA DE ESTE NUMERO

EL AGUADOR,

dibujada por D. L. ALENZA, y grabada por D. CALISTO ORTEGA.

Imp. de Alhambra y Comp., calle del Burro, núm. 4.



EL RENACIMIENTO.



DAMIAN FORMENTI
CÉLEBRE ESTATUARIO ESPAÑOL

Copiado del medallón que existe en el basamento del altar mayor de la Catedral de Huesca.

Dib. por D. V. C. y Lit. por D. F. de M.

Litog. Art. de E. Perez y J. Donen.